

Nuestro de día y de noche, para que cada día se muestre favorable á su siervo y á su pueblo.

Para que reconozcan todos los pueblos de la tierra, que el Señor él mismo es Dios, y que no hay otro fuera de él.

Sea también perfecto nuestro corazón con el Señor Dios Nuestro, para que caminemos en sus estatutos y guardemos sus mandamientos así como hoy. (Id. vv. 56 seqq.)

¡Pueblo santo de Dios! Recibe la bendición paternal que con toda la efusión de mi pecho te doy en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.



SERMÓN

PREDICADO EN LA BENDICIÓN DEL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA
DE LOURDES, EN MONTERREY, EL DÍA 1º DE MAYO DE 1883.



Et erit in novissimis diebus preparatus mons domus Domini in vertice montium, et elevabitur super colles et fluent ad eum omnes gentes.

Y en los últimos días estará preparado el monte de la Casa del Señor en la cumbre de los montes, y se elevará sobre los collados, y correrán á él todas las gentes. ISAIAS, II, 2.

SUBLIME fué, en verdad, la visión que reveló el Señor á Isaías. Allá en lontananza apareció á los ojos del Profeta una montaña elevadísima, junto á la cual se divisaban como humildes collados, los montes que hasta entonces se habían considerado los más altos y más gloriosos. El Tabor, tan celebrado en ambos Testamentos; el monte Sión, ciudadela de David, y mil veces sagrado; el Moria, en que descansaba el Templo de Salomón; el terrible Sinaí, y el antiguo Ararat, y el misterioso Carmelo, se veían en derredor de esta

gigantesca montaña, como insignificantes arbustos que crecen á las plantas de arrogante ciprés. Era el monte de la Casa del Señor, la Iglesia de Jesucristo, dominando á la Iglesia judáica y elevándose sobre ella, como la realidad sobre la figura, en proporción semejante á la del obelisco que se alza sobre su propia sombra proyectada en el suelo por la pálida luna. A ese sobrenatural edificio, construido sobre Cristo como primer fundamento, y teniendo por cimientos á los Apóstoles y á los Profetas, miró el hijo de Amós afluir en tropel todas las naciones de la tierra, con movimiento tan rápido como espontáneo, y animándose las unas á las otras en su difícil pero grata ascensión.

Una viva imagen de esta visión gloriosa, una representación real y verdadera de la Iglesia de Cristo, fué dado á muchos contemplar hace siete años, al consagrarse con los sublimes ritos católicos suntuosa Basílica construida sobre altísimo monte, tipo como todo templo cristiano de la misma Iglesia de Jesús, retrato más fiel que otras muchas, si así puedo expresarme, por su situación particular y por las circunstancias que precedieron, acompañaron y siguieron su prodigiosa construcción. Sobre una gruta, cortada naturalmente en la peña, junto á un manantial de agua milagrosa que brotara de árida roca con evidente prodigio; en la cima de un monte amenísimo, santificado como Oreb, con la presencia de la Divinidad, y lamido por límpido río que nos recuerda el antiguo Jordán, acababa de terminarse marmóreo templo, en conmemoración de singular portentoso, y como viva confesión de augusto misterio recientemente declarado dogma de fé. Hablo, como bien habéis comprendido, de

la renombrada Basílica de Nuestra Señora de Lourdes. Cuarenta Prelados de diversas partes del mundo, muchos centenares de sacerdotes, cien mil fieles en todo, aflúan en tropel el 4 de Julio de 1876 á su solemne consagración, y nunca con más propiedad pudo decirse de otra Iglesia, *elevabitur super colles*. Desde el Vaticano rindió homenaje ese día al monte de la aparición, enviando un Legado Pontificio para coronar la gloriosa imagen de la *Inmaculada Concepción*. Engalanada la Basílica como esposa el día de sus bodas, *ornata sicut sponsa parata viro suo*, acogía en su seno y en derredor suyo á aquella multitud inmensa; y los fieles al subir en devota procesión se decían unos á otros, como aquellos que viera el Profeta: venid y subamos al monte del Señor, y nos enseñará sus caminos, y andaremos en sus senderos, *venite ascendamus in montem Domini, et docebit nos vias suas, et ambulabimus in semitis ejus*. (Is. II, 3.)

Cúpome la dicha de hallarme en aquella solemnidad; y cuando no muchos meses después pasé por esta ciudad, aún no mía, lleno de los indelebles recuerdos de día tan fausto, se llenó de gozo mi espíritu al saber que ibais á levantar un templo á María en honor de su Concepción Inmaculada, y en recuerdo de su aparición en Lourdes. ¡Cuánto agradecí á mi venerable Predecesor el que me convidara para inaugurar una empresa tan grata! Aún me parece estar en aquella lluviosa, pero bella tarde, del 20 de Diciembre de 1878. Vuestro afán por obsequiarme no os había dado tiempo ni aun de cuadrar la piedra angular; y para bendecir el peñasco que hacía sus veces, tuve que bajar como á una mina, al profundo cimiento, arrastrando en el polvo los ricos paramentos de vuestra

catedral. La tosca cuchara empleada por el alarife para los primeros trabajos, me sirvió, sin que hubiera lugar ni de quitarle las inevitables manchas, para arrojar la argamasa que prescribe el rito; y cuando recorrí, bañándolo con agua lustral, el espacio destinado á contener el proyectado templo, las espinas y cardos, que crecían con profusión en el inculto campo, punzaban mis plantas y detenían la marcha de la sagrada procesión. Terminada apenas la ceremonia, partí sin tardanza para la que era mi diócesi, sin ver siquiera á los patronos del templo recién inaugurado; y cuando dos años más tarde, vine á vuestra ciudad ya como Pastor propio, grata fué mi sorpresa al ver los muros ya elevados y la iglesia tocando á su término. Accidentes, que no necesito mencionar, han retardado su apertura; pero hoy, por fin, hemos podido bendecir el santuario que á Nuestra Señora de Lourdes erigió vuestra piedad en esta alta montaña y, el primer día del mes consagrado á María, rendimos en su nuevo templo á la Virgen Santísima el primer homenaje de nuestra adoración.

Así como en la improvisada fiesta á que aludía hace un instante, dirigí la palabra á mi Venerable Predecesor y á vosotros, así en este día memorable no he querido ceder á nadie la satisfacción de entonar el primer himno de júbilo y de hablaros de la solemnidad que nos congrega. Voy, pues, á tratar brevemente acerca de las apariciones de la Virgen Santísima en general, y de las de Lourdes en particular. En seguida os diré algo sobre la conveniencia de erigir entre nosotros á la Inmaculada Concepción de María un santuario que, aunque en pequeño, imite y refleje el de Lourdes.

¡Virgen concebida sin mancha, que no desdeñas aparecer á los pequeñuelos en uno y otro continente! Hazme sentir por lo menos la influencia de tu protección, é inspira las sentencias que en honor tuyo voy á pronunciar.

AVE MARÍA.

I

Aunque aislados en el planeta que habitamos, y atado nuestro espíritu por el peso de la materia, el Señor ha tenido compasión de nuestra flaqueza, y no ha querido dejarnos absolutamente sin comunicación con su augusta Majestad y las inteligencias superiores. No sólo se ha dignado revelarnos en los Libros Santos los más recónditos misterios, no sólo mandó á su Hijo Unigénito, revestido de nuestras enfermedades, á conversar con nosotros, no sólo ha asignado á cada hombre un ángel que invisiblemente lo guarde, sino que de cuando en cuando se complace en confortar á algunos de sus siervos, con visiones y revelaciones que á todos confirmen en la fé. Entonces su infinita omnipotencia hace que los ojos de carne puedan percibir lo que es tan sólo espíritu, ó que lo incorpóreo revista formas sensibles, que pueda discernir la materia. Baja la Divinidad de su altísimo trono, dejan los ángeles y santos sus gloriosos alcázares, las almas que padecen en el purgatorio rompen por un momento sus hierros, y hasta los réprobos salen por permisión de Dios algunos instantes del Báratro, para con-

versar con los hombres y contribuir á los fines de la Providencia.

Once veces apareció el Señor en forma visible en el antiguo Testamento: á nuestros primeros padres y á Caín, á Noé y á la esclava Agar, al patriarca Abraham y al justo Lot, á Jacob y á Moisés, al guerrero Josué y á Gedeón, y por último al fortísimo Sansón. Mil y mil veces se dignó hablar su Divina Majestad antes de la encarnación del Verbo; y sólo á Abraham dirigió nueve veces la palabra. Los Angeles también repetidas ocasiones se dejaron ver de los mortales; y de los hombres ya difuntos, el Sacerdote Onías y Jeremías el profeta salieron de sus tumbas y se presentaron á Judas Macabeo; y el alma de Samuel, asumiendo quizás un cuerpo aéreo, se apareció terrífica al rey prevaricador.

Jesucristo, después de su resurrección y antes de su ascensión á los cielos, catorce veces apareció á su Santísima Madre y á sus discípulos; y desde que está sentado á la diestra de su Eterno Padre, no pocas se ha dignado descender de su altísimo solio, y recrear con su presencia, ya á Pedro el Apóstol cuando se acercaba su martirio, ya á su sierva Teresa muchos siglos después, ya en una época que podemos llamar contemporánea á Margarita María, la devota por excelencia de su amantísimo corazón. Tarea interminable sería el referiros una á una las apariciones de Jesús y de la Virgen Santísima, de los Ángeles y de los Santos, que nos narra la Historia Eclesiástica; y á que varones insignes por su santidad y doctrina, por su ciencia y virtud, han prestado pleno asentimiento, excitándonos con la palabra y el ejemplo á no negar el nuestro. Basta al objeto que me propongo, des-

pués de enumerar aquellas que sabemos por divina revelación y se contienen en los Libros Santos, el recordar otras que no estamos obligados á creer, pero que sería temeridad negar; y, apoyado en los anales eclesiásticos, repetiros que la mano del Señor no se ha abreviado (ISAÍ. LIX, 1), y que la potestad de hacer milagros la tiene ahora como en el principio, si bien los prodigios sean menos necesarios á nuestra generación, que cuenta con la experiencia de las pasadas.

Tres templos insignes se elevan hoy en la Cristianidad, dedicados á la Reina de todos los Santos, cuya construcción reconoce por origen un milagro patente, y se debe á la voluntad de la augusta Señora, manifestada por sus propios labios. El primero es la soberbia Basílica que el Papa Liberio construyó sobre el monte Esquilino, con los haberes de dos piadosos cónyuges á quienes apareció, lo mismo que al Pontífice, la Virgen Sacrosanta. El segundo lo tenemos en nuestra patria, y nadie de vosotros ignora que la misma María descubrió su voluntad al neófito Juan Diego, y le señaló el montecillo que en Guadalupe se eleva, como el lugar en que quería ser adorada por los habitantes del Nuevo Mundo. El tercero es el que en Francia acaba de construirse, y de que hemos querido hacer un remedo en miniatura en el santuario que acabo de bendecir.

Al bajar del cielo la Madre de Dios, no quiso, como compete á todo embajador, que se prestara fé ó á sus propias palabras ó á las de aquellos á quienes se dignó aparecer, sin presentar, por decirlo así, sus credenciales, y dar evidentes pruebas de su venida y de su celestial procedencia. Sólo Liberio y los afortunados esposos vie-

ron en sueños á María; pero Roma entera pudo contemplar la cumbre de una de sus siete colinas cubierta de nieve; de milagrosa nieve, mientras el sol abrasaba el resto de la ciudad y la península Itálica, en la época de los más fuertes calores. Sólo á Juan Diego recreó la vista de la soberana Señora de Guadalupe; pero á muchos fué dado tocar las rosas nacidas prodigiosamente en árido terreno y en pleno invierno: todo el que quiera puede admirar el lienzo en que quedó pintada la imagen divina; y el mundo entero, quiera ó no quiera, tiene que contemplar con asombro ese prodigio entre los prodigios: la casi repentina conversión de los aborígenes que sucedió á la aparición de la Virgen Santísima, y que persevera hasta el día á despecho de los esfuerzos de la impiedad.

Al bajar la Reina del cielo á la roca de Lourdes, los tiempos y las circunstancias eran bien diversos. Para satisfacer á la generación tan incrédula como investigadora del día, se necesitaban milagros mayores y más patentes que para convertir á los feroces aztecas ó afirmar la fé en la Roma del cuarto siglo. La incredulidad de nuestra época, como los escribas y fariseos del tiempo de Jesucristo, niega con inaudito descaro hasta la evidencia, y sería capaz, como aquellos, de intentar matar de nuevo á un muerto resucitado, por no dejar ni rastro de un portentoso: *cogitaverunt ut et Lazarum interficerent*. (JOAN. XII, 10.) Ningún católico niega al Todopoderoso la facultad de obrar los más estupendos prodigios; pero ¿quién no habría vacilado, como Moisés al herir la peña en el desierto, quién no habría dudado que se dignase el Señor hacer nuevos milagros en beneficio de una genera-